

consuelo. Oyó su corazón en el silencio la voz de Dios que se le hacía oír; la Vulgata, traducida al francés, vino á ser para el Monarca ruso un libro consolador que le procuró inefables dichas. Propúsosele entonces poner al alcance de los moscovitas la obra divina que tan miraculosamente acababa de triunfar de todas sus angustias é inocentes remordimientos. Como no se explicó al Emperador la diferencia que había entre las dos Biblias, ni podía este por otra parte figurarse que la mano del hombre hubiese osado alterar el texto primitivo de la palabra de Dios, autorizó en 18 de diciembre de 1812 la Sociedad bíblica, animado de un sentimiento de gratitud por la calma y bienestar que había producido su lectura en su agitado espíritu.

El Emperador cayó en el lazo. Y ¿cómo no ser así, cuando el príncipe Galitzin, su ministro de Cultos, los mas altos funcionarios del Estado, la mayor parte de los obispos rusos, y hasta el mismo Estanislao Siestrzencewicz, arzobispo católico de Mohilow, se declararon patronos de aquella institucion que debía dar mas tarde un golpe mortal á la religion griega y al Catolicismo? Fue tal el entusiasmo que hubo entonces en Rusia por las Sociedades bíblicas, que con una asombrosa rapidez se vió propagarse el anglicanismo no solo en las orillas del mar Negro, si que tambien en las riberas del océano Glacial, llegando á extenderse hasta las fronteras de la misma China. Sirviendo de ciegos instrumentos á su propagacion, los prelados católicos excitados por Galitzin alentaban á su rebaño para que favoreciera aquella obra, cuyas funestas tendencias ignoraban. Los Jesuitas fueron los únicos que dejaron de impulsar aquel movimiento herético; mas acostumbrados que los obispos rusos á las luchas del pensamiento, y por lo tanto mas dispuestos á conocer el mal que debía necesariamente reportar aquella innovacion, léjos de apoyarla, la combatieron con toda la firmeza de su carácter, sin que bastaran las súplicas ni las amenazas de Galitzin, hasta entonces su protector y su amigo, á hacerles desistir de su glorioso empeño. Expresó el papa Pio VII por un breve su sorpresa y dolor al arzobispo de Mohilow, á quien reprendia severamente por haber cooperado al triunfo del anglicanismo; siendo esta misma reprobacion que con tanta justicia se lanzó al Prelado, un homenaje indirecto tributado á los discípulos de san Ignacio, los cuales, mejor penetrados del verdadero espíritu de la Iglesia, se opusieron á hacer causa comun con el error. Vivamente ofendidos los partida-

rios de las asociaciones bíblicas; no ocultándoseles por otra parte que siempre serian los Jesuitas sus mas decididos adversarios, y que atajarían á cada paso los progresos de su secta, se coligaron contra la Compañía á instancias del Ministro de Cultos. Acababa la Sociedad de oponerse á un deseo de Galitzin, y no debía por lo tanto extrañar que el propio Galitzin explotara la cólera de la Universidad contra los Jesuitas para poder mejor llevar á cabo sus esperanzas y sus planes de venganza. Como diestro político, aguardó el momento propicio para hacer estallar la conjuracion.

Íbase organizando en el ínterin la propaganda anglicana, siempre á la sombra de los ministros rusos y á la de los prelados del rito romano y del rito griego; solo los Jesuitas trataron de contraminarlo. Á este fin compusieron un Catecismo en el idioma del país destinado á los hijos de padres católicos; pero Galitzin no autorizó su impresion: así las cosas, ocurrieron nuevos acontecimientos que avivaron mas y mas la llama de la venganza en el corazón del Ministro. El favor de que gozaba el colegio de los Jesuitas en San Petersburgo iba siempre en aumento; no menos floreciente era el colegio de Polotsk, pues contaba en sus bancos un gran número de jóvenes de las primeras familias del Imperio. Colocados entre el deseo, muy natural, de proselitismo y el deber tácito de respetar la conciencia de sus discípulos, deber que ellos mismos se habían impuesto, nunca dieron los Jesuitas ni el mas leve motivo de queja sobre un punto tan sumamente difícil. Católicos hasta el fondo de su corazón, formaban para la honestidad, así como para las bellas letras, á un gran número de jóvenes que pertenecían á todos los cultos, hasta al rito griego; sin que en el decurso de mas de cuarenta años fuese su circunspeccion ni una sola vez desmentida: nunca pudo acusárseles de haber abusado de la confianza de los padres en provecho de la fe romana. Sin embargo, el número de los Católicos aumentaba cada año considerablemente.

Eran debidos todos estos triunfos de la unidad á las familias francesas emigradas, á la lectura de las obras religiosas, y sobre todo al prudente celo de los Jesuitas. El Czar había cerrado los ojos ante un estado de cosas que nada hacía temer por la seguridad del país: todos admiraban el modo con que los nuevos católicos se distinguían así en el mundo como en la corte por sus nuevas virtudes. Nunca quiso Alejandro hacerles arrepentir de haber cedido al grito interior de su conciencia; como príncipe que comprendía admirablemente

la libertad del pensamiento, no se atrevió á sujetarlo en los límites de una arbitrariedad en apariencia legal; como él mismo iba en busca de la verdad, no podía parecerle mal que siguiesen los rusos su ejemplo. No eran, sin embargo, las conversiones muy frecuentes; porque antes los Padres no las acogían y sancionaban, eran necesarias muchas pruebas: puede decirse que habían pasado aquellas conversiones casi desapercibidas, hasta que á mediados de diciembre de 1814 abrazó públicamente el Catolicismo el joven Príncipe de Galitzin, sobrino del Ministro de Cultos. Hé aquí en qué términos explica el P. Billy en su correspondencia inédita con sus hermanos de Francia esta conversión: «Nuestro P. de Clorivière, escribe de San Petersburgo el 15 de marzo de 1815, está al frente de un numeroso noviciado en París, calle de Correos; habrá, pues, de hecho en Francia una Compañía de Jesús, antes de que pueda en ella existir de derecho. En cuanto á nuestra existencia en esta de Petersburgo, es sin duda muy útil pero muy precaria y pesada, sobre todo desde la ausencia del Emperador; siendo la principal causa de ello la envidia de los popes y de los obispos rusos. El ministro de Cultos, príncipe Alejandro Galitzin, es un joven todavía, que se deja arrastrar por sus popes, y que por lo mismo no nos deja en sosiego en cuantas ocasiones se le presentan para saciar su animosidad y la de los popes. Hace uno ó dos meses que se le presentó uno que hizo gran sensación y que puede tener graves consecuencias. El joven príncipe Alejandro Galitzin, sobrino del Ministro de Cultos, alumno hacia ya dos años de nuestro Instituto, que podrá tener á lo mas quince años de edad, joven recomendable bajo todos conceptos, pues ha sido considerado siempre como un modelo de piedad, diligencia, aprovechamiento en los estudios, política, docilidad, y lo que es mas raro aun, tan singularmente adicto á la religion greco-rusa, que pretendía hacerla abrazar á todos sus amigos y aun hasta á los mismos Jesuitas, á impulsos de su ardiente celo por la salvación de los demás, y que para mejor lograr su fin tomaba dos ó tres veces por semana lección de un doctor en teología ruso, acaba de convertirse repentinamente al Catolicismo en la última pascua de Navidad. ¡Qué asombro para todos, y en particular para aquellos que tantas veces le habían visto y oído hablar en favor de la religion rusa! Habiendo sido llamado por su tío el Ministro de Cultos, á fin de hacerle patentes los peligros á que se exponía, en virtud de la ley

que prohíbe en Rusia á todos los súbditos del Emperador abrazar el Catolicismo, contestó enérgicamente haciendo una clara y espontánea profesión de fe, añadiendo que estaba pronto, si necesario fuera, á sellarla con su propia sangre.

«Sacósele entonces de nuestro Instituto, y se le destinó junto con su hermano menor al cuerpo de pajes, prohibiéndosele al propio tiempo toda comunicacion con los Jesuitas. Pero ¡oh sorpresa! «Ocupásele á los pocos dias un cilicio y disciplinas. ¿Qué es esto, Dios mio? Encontró aquellos instrumentos de mortificación en el cuarto de un jesuita que poco antes saliera de Petersburgo para ir á Polotsk. En vano se le hizo comparecer ante los obispos y los popes para ser interrogado y argüido: contesta de un modo asombroso á los argumentos que se le dirigen, llegando á poner á los mismos obispos *ad metam non loqui*. Atribúyese desde luego á los Jesuitas su facilidad de controversia, por mas que no tengan en ello parte alguna, y se aguarda el regreso del Emperador para ver la decision que debe tomarse sobre aquel negocio. En el interin se ven privados los Jesuitas de recibir á ningun ruso en su Instituto, y si tan solo reciben en él á los Católicos, para sustraerse á la persecucion de los popes, sin que por ello puedan no obstante librarse de ser objeto de su rencor y odio. Diferentes personas notables se ven acusadas de haber abrazado el Catolicismo; pero como no resulta probado, se destina á un gran número de espías para que las sigan y observen de cerca; lo que es en realidad una verdadera persecucion. Se ha prohibido terminantemente á los misioneros jesuitas de la Siberia el que hagan extensivos los beneficios del Catolicismo á los tártaros idólatras, debiendo limitarse á prodigar sus cuidados á los católicos que existen en aquellos vastos desiertos. Hasta se les priva de confesar y administrar los Sacramentos á los greco-unidos que carecen de sacerdotes de su comunión. ¡Quién lo creyera! ¡Hé aquí la tan ponderada tolerancia de este país en tiempo de su ministro Galitzin! La ciudad de Petersburgo ofrece en este momento un espectáculo digno de llamar la atención: dos príncipes que llevan el mismo nombre y apellido de Alejandro Galitzin, tío el uno y sobrino el otro, siendo el primero el perseguidor mas cruel de la religion católica y de los Jesuitas, al paso que es el segundo, católico de corazón, ardiente é imperturbable, que solo procura defender á sus maestros, y no abriga mas deseo que el de morir por su Religion, viviendo de modo que pueda mere-

«cer esta gracia, si esta gracia de predestinado pudiese merecerse. «Después de haberse apelado en vano á todas las razones para atraer «de nuevo al joven Príncipe al cisma, echóse mano de los placeres; «acompañábasele cada noche al teatro: sin que este medio haya «producido hasta aquí el menor cambio en su vocación, lo mismo «que todos los anteriormente empleados.»

En la intimidad de su correspondencia, declinan los Jesuitas toda participación en la conversión del ferviente neófito; por esto no se vanaglorian de ello, ni se acusan en el caso de que no corresponda aquella á las esperanzas que puede en un principio haber hecho concebir. El joven Galitzin tomó por sí mismo aquel partido: así es que se limita el P. Billy á referir sencillamente su regreso á la fe romana, sin entrar en ninguna consideración de otra clase. Declara el príncipe Alejandro, que ningún discípulo del Instituto le ha inducido á cambiar de culto; al contrario, añade que ni uno solo ha podido encontrar que quisiera recibir su abjuración. La carta del Padre Billy corrobora plenamente estos hechos. Como no era posible que por medio de la verdad pudiesen verse satisfechos ni el amor propio del Ministro, ni la cólera de los popes: se fraguó una conspiración en la cual se hicieron entrar todos los intereses de secta, las humilladas vanidades universitarias, y las preocupaciones todas de la nación. Importaba en gran manera disponer todos los ánimos en contra de los Jesuitas; por esto se les vituperó sus actos más indiferentes; se alteró el sentido de sus palabras; se les espío en el púlpito, y llegó á seguirseles hasta al pie del confesonario y del altar. El P. Balandret, de nación francés, que disfrutaba á la sazón en San Petersburgo de la mayor confianza, fue el blanco de todos aquellos infundados tiros. Todos los discípulos de los colegios y del Instituto fueron interrogados; obligóse asimismo á cuantos habían salido de ellos en los dos ó tres últimos años, á que revelaran todas las obsesiones á que se hubiesen visto expuestos por abrazar el Catolicismo. Unánime fue la contestación que dieron aquellos jóvenes: esto es, que nunca les habían hablado los Jesuitas de la diferencia de religiones, dejando á cada cual en plena libertad de practicar la suya.

Galitzin y la Sociedad bíblica minaban el terreno bajo los pies de los Padres, secundados por el metropolitano Ambrosio y las universidades con una particular maestría: previnieron además al Emperador y la Emperatriz que á su regreso después de la campaña de

1815, debían descargar el último golpe contra la Compañía. Todo estaba preparado en este sentido. Si bien no eran las conversiones entonces más frecuentes que antes, procurábase no obstante rodearlas de cierto esplendor, propio á determinar que todos aquellos regresos á la unidad, eran debidos á la acción ó influencia que tenía algún jesuita en la familia. Los grandes intereses que en aquella época se debatían en el mundo, Napoleón vencido, la Europa triunfante en Waterloo de la Francia abatida, los Borbones restablecidos en el trono y la Santa Alianza promulgada; todos estos grandes acontecimientos desaparecían ó se perdían de vista en San Petersburgo ante la actitud resignada y silenciosa de algunos Padres de la Orden de Jesús. Acababa el Czar de arrojar su espada en la balanza de los destinos europeos, y el peso de esa misma espada la hacía inclinar del lado de los diplomáticos moscovitas. Impuso Alejandro la ley en el Congreso de Viena; inspiró á Luis XVIII una Carta constitucional, y los Reyes legítimos de Europa le saludaban como el libertador de las monarquías; pues bien, todas esas glorias que debían henchir de orgullo á sus súbditos, se borraban enteramente de su corazón al contacto de algunas oscuras predicaciones en una iglesia católica. Marchaba á la sazón la Rusia á la cabeza de todas las naciones, mientras que sus ministros afectaban temblar de espanto porque un reducido número de damas de la corte renunciaba á los placeres mundanales para escuchar en la soledad y el retiro la voz de Dios que se había dignado hablar á sus corazones.

Aquella situación que los Jesuitas no habían provocado, no dejaba de exponerlos por esto á un doble peligro: acusábaseles de haberse hecho algunos prosélitos, que ni siquiera nunca habían conocido; si bien no dejaron de presentarse algunos en su tribunal, y era de todo punto imposible á un sacerdote el poder desatender sus votos. Pesaba la persecución sobre la fe, que como en todos los grandes apuros hacia nacer de esa misma persecución ardientes neófitos. Durante este tiempo llegó el emperador Alejandro á su capital. Las grandes crisis que había presidido, la caída de unos, el encumbramiento de los demás, y los inconcebibles cambios que así en los hombres como en las cosas acababan de verificarse en Europa, contribuyeron á dar á sus ideas un curso más melancólico, y á hacer experimentar á su alma impresionable un inmenso disgusto por cuanto le rodeaba. Para llenar ese vacío, se lanzó con toda la fuerza de su corazón en el nuevo mundo de ideas místicas que abrió la

baronesa de Krudener á su inteligencia fatigada ya de voluptuosidades, de ambicion y de gloria. Entregado Alejandro á creencias individuales, no descansaba en ningun principio fijo: en vano aspiraba á imponerlas como convicciones, pues carecia del vigor y perseverancia necesarios para poder lograr su objeto. Se le mecía en la seductora idea de que podia presentarse como jefe visible de la antigua cristiandad regenerada por él, á fin de inducirle á que se declarase mortal enemigo de los Jesuitas de su Imperio. Vanagloriábase de haber reunido en un mismo centro de fraternidad los cultos disidentes introducidos por él en las Sociedades bíblicas, que eran el instrumento privilegiado de la fusion tolerante en que soñaba al abrigo de su cetro. No debia formar ya por mas tiempo el Papa el lazo de la unidad: y el reino del Catolicismo iba á ceder su puesto á la union de todos los pueblos cristianos. No se ocultaba á Alejandro que nunca se prestarian los Jesuitas á semejante utopia; así es que celoso de acelerar en lo posible los progresos que le fascinaban, dejó á los odios que encontró al rededor de su trono el cuidado de adormecer su justicia. No tardó en hablársele de herir á la Compañía de Jesús, empezando la obra de proscripcion por un destierro léjos de Petersburgo; el Emperador, que no quiso acceder de pronto á semejante iniquidad, se prestó insensiblemente á las exigencias de su Ministro y de sus popes.

En 20 de diciembre de 1815 dió el úkase siguiente:

«Despues de haber arreglado de un modo satisfactorio y feliz los asuntos exteriores, hemos regresado al Imperio que Dios nos confió, habiendo sido en él informados por muchos datos, quejas y relaciones, de las circunstancias siguientes:

«La Orden religiosa de los Jesuitas de la Iglesia católica romana fue abolida por una bula del Papa: á causa de esta medida se expulsó á los Jesuitas no solo de los Estados de la Iglesia, sí que tambien de todos los demás países; siéndoles enteramente imposible permanecer en parte alguna de aquellas do hasta entonces se les habia permitido vivir. Solo la Rusia, guiada siempre por sentimientos de humanidad y tolerancia, conservó en ella á los Jesuitas, les concedió un asilo, y aseguró su tranquilidad á la sombra de una proteccion poderosa. No puso ningun obstáculo al libre ejercicio de su culto, ni procuró distraer de él á los Jesuitas por medio de la fuerza, la persecucion ni las seducciones; pero á su vez se prometió la Rusia por parte de ellos fidelidad, adhesion y pro-

«vecho. Animada por esta esperanza les permitió dedicarse á la educacion y enseñanza de la juventud: confiáronles los padres á sus hijos sin el menor recelo para que les enseñaran las ciencias y formaran sus costumbres.

«Queda fuera de toda duda que no han cumplido los deberes que les imponian el reconocimiento y esa humildad que previene la religion cristiana; y que en lugar de vivir los Jesuitas como pacíficos moradores en un país extranjero, han tratado de turbar la religion griega que desde los mas remotos tiempos es la religion dominante en nuestro Imperio, y sobre la cual, como sobre una indestructible peña, descansan la tranquilidad y la dicha de los pueblos sometidos á nuestro cetro. Empezaron ya desde un principio á abusar de la confianza que se les dispensara; arrancaron despues de nuestro culto á algunos jóvenes cuya educacion les estaba encargada, y á algunas mujeres de espíritu débil é inconsecuente, que atrajeron á su Iglesia.

«Inducir á un hombre á que abjure su fe, la fe de sus mayores; apagar en él su amor hácia aquellos que profesan el mismo culto; hacerle extraño á su patria; sembrar la zizaña y la animosidad en las familias; arrancar al hijo del padre y á la hija de la madre; causar la division entre los hijos de una misma Iglesia; ¿puede ser esto acaso la voz y voluntad de Dios y de su divino Hijo Jesucristo nuestro Salvador, que derramó por nosotros su sangre preciosa, á fin de que llevásemos una vida apacible y tranquila en la práctica de todos los ejercicios de piedad, pureza y amor? Despues de semejantes acciones, ya no nos admiramos de que la Orden de esos religiosos haya sido alejada de todos los países y que no se la tolere en parte alguna. ¿Cuál es, en efecto, el Estado que podrá tolerar en su seno á aquellos que siembran en él la division y el odio?

«Constantemente ocupado en velar por la dicha de nuestros fieles súbditos, y considerando como un deber prudente y sagrado el cortar el mal en su origen á fin de que no pueda madurar y producir sus amargos frutos, resolvemos mandar:

I. Que la Iglesia católica, tolerada en nuestro suelo, sea re- puesta bajo el mismo pié en que se hallaba durante el reinado de nuestra abuela de gloriosa memoria la emperatriz Catalina II, y en el que se halló hasta el año 1800.

II. Que deban salir inmediatamente de San Petersburgo todos los religiosos de la Orden de los Jesuitas.

«III. Se les prohíbe en lo sucesivo la entrada en nuestras dos capitales.

«Hemos dado ya las órdenes particulares á nuestros ministros de Policía é Instrucción pública para la pronta ejecución de lo mandado, así como sobre lo concerniente á la casa del Instituto ocupado hasta aquí por los Jesuitas. Á fin de que no haya interrupción alguna en el servicio divino, hemos prescrito al metropolitano de la Iglesia católica romana que reemplace los Jesuitas por otros sacerdotes del mismo rito, de los que se encuentran en la capital, hasta la llegada de los religiosos de otra Orden católica, que á este efecto hemos hecho llamar. — *Firmado: ALEJANDRO.*»

Hubiérase dicho que la misión de conservar los Jesuitas en Rusia había terminado para siempre, puesto que el Czar no juzgaba deber tolerar por más tiempo á los proscritos que tan generosa hospitalidad encontraran bajo el cetro de Catalina II y de Pablo I. Es verdad que Alejandro les repelia también á su vez; pero á lo menos demostró en esa repulsión un sentimiento de dignidad, aunque príncipe cismático, que podía servir de ejemplo á más de un soberano católico, al limitarse á apoyar su decreto de destierro en causas puramente religiosas. Repugnaba á su conciencia apelar á la calumnia ni á otras mezquinas pasiones; dotado de un gran corazón, le era imposible echar mano de falsas acusaciones para mancillar á unos sacerdotes á quienes poco antes honraba aun con su benevolencia. Fue recto y equitativo en medio del rigor y severidad de su ukase. El Arzobispo de Mohilow, que tanto contribuyó á sostener la Sociedad de Jesús en el momento de su supresión en el papado de Clemente XIV, cumplió después al pie de la letra las órdenes que Galitzin le intimó: adoptó las medidas necesarias para que el culto público no se resintiese de la separación de los Jesuitas, cuando en la noche del 20 al 21 de diciembre penetró el general de policía en el colegio de los Jesuitas al frente de la fuerza armada. Ocupáronse desde luego todas las puertas ó salidas; y sin haber interrogado ni á un solo Padre, sin decirles siquiera la causa de aquella nocturna invasión, se les pusieron centinelas de vista mientras que el ministro leía á Bzrozowski el decreto de destierro. Aunque anciano el Superior de los Jesuitas, sabía conocer el precio de las ignominias; así es que aceptándolas con resignación y placer se limitó á contestar: «S. M. será obedecido.»

Hízose salir en la noche siguiente á todos los Padres para Polotsk,

después de haberse sellado por orden del Gobierno todas sus correspondencias y manuscritos, y haber confiscado sus muebles, su biblioteca, su museo y su gabinete de física.

En 20 de febrero de 1816, escribía el P. Tadeo Bzrozowski en los siguientes términos al P. de Clorivière en París: «He recibido vuestra carta del 8 de enero en Polotsk, donde me encuentro hace seis semanas. Nuestra situación en este país ha cambiado mucho desde la última carta que os he escrito: sin duda ya sabréis por los periódicos nuestra expulsión de San Petersburgo, que tuvo lugar el 3 de enero, y para la que se nos fijó el perentorio término de veinte y cuatro horas: esto prueba cuán culpables seremos á los ojos del Gobierno. Hé aquí los dos delitos de que se nos acusa y que se expresan en el decreto de nuestra expulsión: 1.º Haber atraído á la religión católica á algunos discípulos confiados á nuestro cuidado; 2.º haber hecho abrazar igualmente el Catolicismo á algunas mujeres de espíritu débil é inconsecuente. Con respecto á este segundo punto, puede haberse cometido alguna imprudencia en algunos actos que no habré podido evitar porque no han llegado á mi noticia; pero en este caso no debían comprometer más que al que los cometió. En cuanto al primer cargo, es enteramente supuesto, y por lo mismo debido tan solo al distinto punto de vista bajo el cual se han presentado las cosas á S. M. I. No solamente nuestros Padres han dejado de hacer proposición alguna á nuestros discípulos para atraerlos á la religión católica; si que por el contrario cuantas veces han mostrado algunos jóvenes el deseo de hacerse católicos, lo que ha debido acontecer algunas veces en el largo período de trece años, y sobre todo en un colegio en el que eran católicos todos los maestros; nuestros Padres se han opuesto constantemente á admitirlos á la participación de los Sacramentos. Hé aquí la verdad de todo lo ocurrido; no es nuestra la culpa si no ha sido de todos conocida: es tal la condición de los mejores príncipes, que casi siempre llegan á conocer la verdad todavía más difícilmente que los demás hombres. Es este acontecimiento muy triste y doloroso para la Compañía; pero no nos ha admirado del todo, porque hacia ya mucho tiempo que veíamos formarse la tempestad que tarde ó temprano debía estallar sobre nuestras cabezas.»

Nunca se permite en Rusia criticar los actos que emanan del poder, así como tampoco apenas se permite aprobarlos por escrito: á

nadie es dado discutir las medidas que adopta la autoridad. Es un Gobierno arbitrario cuyo reinado es el del silencio, sin que por esto cuente mas víctimas en su registro político, del que tienen en el suyo los reinos donde se afianza la libertad de hablar en una Constitución cuyos artículos los mas poderosos ó los mas astutos interpretan siempre á su grado. Sin embargo, los números correspondientes al 3 y 15 de marzo de 1816 del *Inválido ruso* contenian, por una rara excepcion, injustos ataques contra los Jesuitas. En su vista, encargó el General del Instituto al P. Rozaven que vindicara á sus hermanos de los ultrajes que por aquel periódico se dirigian á los proscritos. Defendió el P. Rozaven su Orden con una lógica de hechos mas elocuente que todos los discursos, mostrándose claro, sensato, hábil y profundo. Habia sido su contestacion remitida al Ministro de Cultos para obtener su insercion en el *Inválido*; pero como era tan perentoria, clara y terminante, Galitzin la condenó al silencio. Desde aquel momento quedó entablada una querrela entre el poder y la Compañía; no se ocultaba á esta que era el úkase del 20 de diciembre de 1815 el preludio de una proscripcion mas fuerte y decisiva; pero escudada con su inocencia, no quiso dejar expedito á la impostura ministerial el derecho de calumniar.

En el alto conflicto que media entre la autoridad civil y la Sociedad de Jesús, prescindiendo de los usos y fórmulas de cancillería, reina cierta igualdad que dificilmente se encuentra entre perseguido y perseguidor. Notábase que nunca desesperaban los Jesuitas de la justicia de Alejandro, y que en cuanto escribian aparentaban mas bien dictar la ley que acatarla. Habia entre el Czar y los hijos de san Ignacio algo de misterioso que no se revelaba ni aun al ministro favorito: fijaban los dos partidos límites á su venganza, límites que ni uno ni otro se atrevieron á salvar, como si se hubiesen visto contenidos entrambos por intuicion. En cada nueva fase de aquel destierro, se descubre el mismo extraño cúmulo de circunstancias, la misma consideracion por parte de los contendientes. Conocidas eran ya de todos las ideas innovadoras de Alejandro; no se ocultaba á este Príncipe que serian para ellas los Jesuitas un obstáculo eterno, y sin embargo, no habia adoptado aun la resolucion de arrojarlos de su Imperio. Por el contrario, trataba á los desterrados con benevolencia; era el invierno riguroso, y el camino que debian hacer los Jesuitas largo y difícil, por lo que mandó el Autócrata que se dieran á cada uno de ellos pieles forradas y cierta porcion de

arack (aguardiente) para calentar sus miembros entumecidos por el frio. De este modo evitaba en parte el rigor de sus golpes cuando mas excitado se veia á la crueldad por los enemigos de la Compañía; mandó el Autócrata sellar los archivos del Instituto, en todo el cual no pudo hallarse ni una huella de complot, ni un vestigio de conversion, ni un papel siquiera que se rozara en lo mas mínimo con la política.

Necesita este misterio algunos detalles que procuraremos dar con toda la claridad que exige el interés de la historia. Muchos eran los beneficios de que era deudora la familia de los Romanoff á la Compañía de Jesús: algunos Padres se habian visto honrados á su pesar por Catalina II con las mas íntimas confianzas; así es que tenian sobre el reinado de Pablo I importantes detalles que convenia en gran manera quedasen sepultados para siempre en las tinieblas. Tanto el P. Gruber como los demás generales de la Orden habian sabido por este último Soberano el tratado definitivo de muchas transacciones diplomáticas: estaban iniciados por viva voz, ó por correspondencia, en todas las amarguras de su vida de gran duque hereditario, en todos los sufrimientos de su vida de emperador. Los Jesuitas habian sido constantemente los depositarios de sus secretos de familia; y le habian hecho tan importantes servicios que ni aun los mismos reyes eran bastante ingratos para poderlos olvidar. Esta reciprocidad de favores estableció una especie de solidaridad, ó mejor afecto, que ninguno de los interesados se atrevió á romper su prestigio: puede decirse que existia sobre él una seguridad mútua entre ambas partes. La confianza hizo nacer la discrecion, y aquel singular contrato no pudo ser anulado ni aun por la intolerancia. Dejáronse proscibir los Jesuitas por el hijo de Pablo I, teniendo la generosidad de tomar el camino de su destierro sin invocar una venganza que les hubiera sido tan fácil obtener. Mostráronse dignos de la estimacion del Czar, hasta en el momento mismo en que procuraban sus ministros hacerles para siempre odiosos al país.

El príncipe Galitzin y la policia rusa eran dueños absolutos de todos los papeles de la Orden; podian, pues, fácilmente descubrir los complots de que pretendian hacer sospechosos á los Jesuitas; practicáronse á este efecto las mas escrupulosas investigaciones, y ¿cuál fue el resultado que estas produjeron? El que ya de antemano sabia Alejandro que debian tener, cuando ni demostró por él la menor admiracion en público. Así es que cuando el P. Bzrozowski pidió